



Virginia Ungar*

Embajada sin su país de origen

Esta mañana estaba trabajando en supervisión con una joven analista e intentaba ilustrar un aspecto del material clínico relacionado con el psiquismo temprano. Suele pasar que, cuando me entusiasmo por transmitir una idea, quiero mostrarla de manera concreta; así que tomé de la biblioteca un libro de Arnaldo Rascovsky. Al abrirlo, leí por primera vez la dedicatoria. Es un libro que leí y cité, pero hasta hoy no la había visto. Decía: “Para Virginia, por el amor, la constancia y el recuerdo”. Horacio me lo había regalado unos años antes de donar su biblioteca a APdeBA; desde ese entonces, lo conservaba en el consultorio.

Todavía es difícil aceptar que no está más el maestro, o quizás su larga vida y su lucidez hasta el final nos hicieron creer de alguna manera que era inmortal. No le puedo preguntar por qué eligió esas tres palabras o qué quiso decir con ellas. Puedo hacer un ensayo por descifrar su sentido, eso sí. El amor quizás sea el compartido por el psicoanálisis. La constancia, la de un vínculo, un vínculo que comenzó cuando él era mi profesor y yo su alumna de seminarios en tercer año de mi formación en 1980. Lo del recuerdo, en cambio, no me pide explicación. De eso se trata este momento, de los recuerdos, de eso que él enseñó tan bien: aquello que se introyecta y tiene que atravesar por un proceso de duelo para devenir un objeto interno. Cuando el objeto llega a ser parte del mundo interno, podemos hablar con él, puede escucharnos y, de cierto modo, devenir nuestra guía.

Se dice que maestro no es aquel que enseña sino quien logra despertar en otro el deseo de aprender, de conocer. Es así que en este *trabajo de duelo*, como llamó Freud al esfuerzo psíquico que tenemos que hacer los humanos para confrontarnos con el vacío de la pérdida, surgen más nítidas las nociones psicoanalíticas que fuimos haciendo nuestras en el contacto con aquellas figuras que han dejado marca

en nosotros. Sin ir más lejos, la fuerza de la noción kleiniana de *mundo interno*, tan bien transmitida y defendida por Etchegoyen, se deja ver incluso en la dificultad de tramitar este pedido de un testimonio sobre Horacio, que ya no está pero a la vez tiene una presencia contundente en el cotidiano diálogo que sostenemos con los objetos internos.

Un recuerdo: Horacio con traje, acostado en su cama sin deshacer. Tenía los zapatos puestos. Había llamado para ver cómo estaba y le hice preguntar si quería que lo visitara. Ya estaba débil pero me recibió, elegante. Me senté y estuve un rato a su lado. En un momento, me tomó la mano y me dijo en voz muy baja: “Lo vas a hacer muy bien”. No contesté, no dijo nada más y me quedé hasta que oscureció. Fue el último domingo de su vida.

Esa voz grave y cansada me sigue resonando, y sé que la voy a necesitar en los años que vienen. Horacio supo transmitir con convicción, con su propia manera de vivir, y con su manera de dar cuenta de su práctica, que el eje de su pensamiento ubica la ética como la matriz de la que surge el sentido y la coherencia de las normas técnicas del psicoanálisis.

Desde esta posición ética fue leal a sus convicciones y las defendió con firmeza. El rigor que sostenía en relación con la coherencia respecto de un modelo teórico lo llevó a no hacer concesiones. Otro recuerdo: Lo invité para dar una clase en un seminario sobre Melanie Klein. Era uno de los últimos de ese año y se trataba de la noción kleiniana de envidia. Mi maestro me había ayudado a entender ese concepto, y ese proceso llevó muchos años hasta que pude comprenderlo en el contexto de la misma teoría y valorar su utilidad en la clínica psicoanalítica. Dio una clase extraordinaria a un grupo de analistas en formación que lo miraban maravillados y en el más absoluto silencio. Al terminar, se hicieron preguntas, y yo retomé una discusión que tuve años con él acerca de la envidia primaria de Melanie Klein, que es primera y endógena. En mi opinión, es una de las ideas —derivadas de la clínica— más fuertes de la autora, quizás la más osada y a la vez más insoportable si se la entiende bien. Es la versión kleiniana del narcisismo, que en esta teoría es objetal, en tanto que el impulso envidioso es de naturaleza esencialmente destructiva. No hay algo más terrible para un ser humano que llegar a reconocer que uno puede querer destruir aquello que ama, sin que medie una frustración ni alguna actitud que justifique el odio.

Ese día, y quizás estimulada por el excelente nivel de las preguntas que hacían los estudiantes, volví a la carga con una eterna pregunta, que ya le había hecho a mi maestro y para la cual había recibido respuestas muy fundamentadas desde la teoría. Le dije: “Horacio, ¿no pensás que el tema de la envidia con base biológica es un argumento poco sostenible? Yo no lo acepto”, me envalentoné. El maestro me contestó con una mirada risueña: “Virginia, ¿cómo pensás que podés aceptar una embajada sin que tenga un país de origen?”. Su respuesta generó risas en el grupo y me dio a mí un motivo más para admirar a Horacio en su capacidad política y su gran sentido del humor. Tenía razón en lo que me dijo aunque no me gustara.

En tantos años de una relación de respeto, admiración y confianza, los vínculos van cambiando. Así como hubo un tiempo en que el *usted* era el código, el tuteo llegó en un momento en que el maestro me honró con su amistad y tuvo la sencillez de los grandes en el trato. Se entretejieron lazos profesionales, de amistad e incluso familiares.

Un viejo amigo de él me dijo una frase en la despedida, que sigue resonando en mí: “Horacio fue leal con sus amigos y también con sus enemigos. Una persona así es muy difícil de encontrar”.

* Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.